

UN ESCAPISTA

Por

ALEJANDRO NÚÑEZ ALBERCA

Estaba erguido frente al cruce de peatones. Había dejado ya el edificio del periódico y con él su trabajo. Llevaba las manos en los bolsillos. Su silueta resaltaba entre la niebla que invadía la calle vacía, la niebla resplandecía con las luces precarias de los faroles y del semáforo. Rojo, primero, y luego verde. Pasó a la otra acera, siguió hasta el aparcadero, montó en su auto y se fue.

Llegó a la casa cuyo dueño era a la vez amigo suyo. Cruzó el jardín de la entrada, tocó la puerta con el puño y dijo su nombre en tono alto para que el dueño de casa lo reconociera. Lo escuchó retirando los pestillos. Se llamaba Alfonso. Abrió la puerta de su casa, se ocultó entre las sombras de la sala y lo dejó pasar. Volvió a cerrar y a colocar los seguros de hierro. Si alguien lo seguía, como sospechaba, no estaba presente en ese momento.

Ambos hombres se sentaron. “¿El trabajo te trata bien?”, dijo Alfonso.

—Ya no.

—¿Entonces cómo te tratan?

—No me tratan de ningún modo. No hay nadie a quién tratar.

—Despedido.

—Renuncié. El lunes debo recoger todo de la oficina.

—¿Qué fue lo último que escribiste?

—Un artículo sobre Corbucci. Hace unas semanas. De por sí está mal redactado. Que lo hayan publicado en verdad me avergüenza.

Vio a Alfonso alzarse y desaparecer por el pasillo. Al rato regresó con una maleta negra. La puso sobre la mesa y abrió los cierres. Había varios objetos metidos en bolsas de plástico y con etiquetas. Alfonso miró al cliente como si aguardase una instrucción. Relojes, dijo. Buscó entre las bolsas aquella que llevaba la etiqueta y al encontrarla la separó de las demás e hizo a un lado la maleta.

Abrió la bolsa y desplegó la mercancía que alguien más había hurtado.

—¿Algo nuevo?

—Un par de Citizen.

—¿Honestos?

—No preguntes por eso.

Encontró el reloj y se lo probó alargando el brazo. Se detuvo a ver que las manecillas funcionasen y así era. Limpió el cristal con la manga y sopló lo que en ella quedaba de polvo. “¿Cuántos días tiene?”, dijo. Alfonso alzó la mano con los cuatro dedos tensos, en silencio. “Muy bien”, le respondió cínico. Se quitó el reloj y oteó los que quedaban sobre la mesa. Sacó un puñado de dólares de su bolsillo, contó una cantidad que ya habían acordado, le pasó los billetes a Alfonso y él se los guardó.

Vio al visitante irguiéndose, mirando a la puerta cerrada, como si tuviera prisa por irse.

—No te lo lleves puesto. Que nadie te vea con él hasta mañana.

—¿Sigues paranoico?

—Ya a dos clientes los han agarrado. Por tonterías. Porque tan pronto tienen algo nuevo lo quieren usar. Como si ello los hiciera hombres nuevos, sin pasado.

Se quitó el reloj y lo ocultó en su ropa. Alfonso lo miró deshaciendo los pestillos. El dueño de casa, sin levantarse de su asiento, guardó los relojes de vuelta en la transparente.

Cerró y cruzó el jardín y la acera hacia su auto. Entró en silencio y se mantuvo así.



Miró la calle, desierta. Aquel muerto estatismo le agradaba. La niebla, antes tímida, se había apoderado de las calles, de la ciudad, de todos sus habitantes. Encendió el motor al tercer intento y se fue entre la nubosidad, brillante por las luces callejeras.

Condujo hasta enfrente de una taberna, aparcó y desmontó. Entró por la puerta dual y vio que casi no había nadie dentro. El que atendía estaba leyendo una revista y cuando escuchó el sonido de la madera de la puerta alzó a ver y luego siguió leyendo. Se sentó en la barra, frente al dueño, y este dejó su revista. “¿Qué quiere?”, dijo el dueño, y él pronunció una marca de cerveza que no era de aquel país. El propietario fue por un costado y regresó con una botella y un vaso. Llenó el vaso y se alejó, retomando su revista.

Tomó un sorbo, atendió a la revista. “¿Qué lee?”, dijo curioso.

—Una revista de cine.

Asintió en silencio. “¿Cine?”, dijo.

—¿Pasa algo?

—No, nada.

Atendió a su vaso y bebió un poco más. Escuchó la puerta abrirse. Al lugar entraban tres adolescentes varones. Vestían sacos finos, corbatas desarregladas y brillantes, zapatos lustrados por alguien más.

Al rato el dueño dejó de ver aquel trío y empezó a mirarlo a él, lo hacía con intriga. Sus ojos, su rostro, la forma de su pelo. Apartó su revista y se le acercó. “¿Le pasa algo?”, dijo.

—Perdón, señor. ¿Es usted Mauricio de Lara?

Entendió el nombre y estuvo por corroborarlo pero esa noche él no existía para nadie salvo para sí mismo. “¿Qué?”, dijo él.

—Mauricio de Lara. El crítico del periódico. Crítico de cine.

—...

—¿Es usted?

—Debe estar confundiendo. Yo no trabajo para ningún periódico.

—Pero es usted.

—Jamás he escuchado ese nombre en mi vida.

—Pues, lo siento, señor —dijo el dueño—. Es que se parece mucho a él.

—No hay problema.

—¿Gusta del cine?

Uno de los jóvenes en terno soltó una carcajada. “A los veinte años empecé a ver mucho cine”, dijo él, “cine francés; la nueva ola y en adelante”.

—¿Truffaut? —dijo el dependiente.

—Yo prefiero a Melville.

—No sé quién es.

—No importa.

—¿Ha oído sobre de Lara?

—No. De él no.

—Ah.

—Pero parece que usted sí.

—Escribe buenos artículos pero semanas que no veo nada de él. Me pregunto si aún trabaja ahí.

Bebió otro poco de la cerveza. “No lo sé”, dijo, “pero lo dudo mucho”.

Volteó a ver a los jóvenes. Uno de ellos alzó la mano y llamó al dueño. Gritando dijo que les llevaran ron. Miró al dependiente sirviendo los vasos que rebalsaban, fue a dejarlos a donde los muchachos y volvió a la barra, a leer.

Se mantuvo encorvado, bebiendo con la cabeza gacha y mirando el vaso y los círculos húmedos que formaba en la superficie de madera brillante de la barra. Sacó el reloj que acababa de comprar y se lo puso. Un destello de luz rebotó en el cristal del aparato y dio a los ojos del dueño, quien de inmediato lo notó.

—¿Es su reloj?

—Así es.

—Es un bello reloj.

—Gracias.

—Ya no los hacen con ese detalle.

—Algo me dice que es bastante antiguo.

—¿Lo ha tenido tiempo?

—Lo compré hoy, pero pudieron haberlo fabricado hace mucho tiempo.

El dueño se quedó pensando. Asintió sin saber por qué y escuchó la puerta abrirse. Un cuarto joven entró ebrio y tambaleándose y se quedó erguido, inmóvil. De los tres que yacían sentados uno pareció atenerse al que acababa de llegar. Como si lo conociera y les aguardase una disputa pendiente. No resuelta desde hace mucho.

Él bebía, miraba su reloj y la marca de agua, atendiendo al silencio. Los jóvenes hablaban bajo. Las botellas apiladas y simétricas detrás del dueño quien leía de nuevo. Artículos sobre directores, guionistas y actores con nombres cambiados. Había redactado sobre todos al menos una vez. El tiempo le enseñó que nada nuevo podía salir de ese mundo del cual se llegó a enamorar, de joven. La rutina la tornó en una práctica asfixiante. Su fe en lo que hacía era cosa del pasado, todo lo que escribía le resultaba dudoso, insipiente y burdo, como si ya se hubiese hecho y no tuviese que repetirse nunca. Por eso ya no tenía trabajo, por eso dejó el periódico.

Terminó su cerveza y se levantó. Dejó un billete sobre la barra y agradeció al dueño. Este último, a ciegas, sin apartar la vista del tabloide entre sus manos, tomó el billete y se lo guardó. Saliendo, ya por la entrada, se detuvo un instante y oteó a los jóvenes. El último que había llegado estaba sentado con los demás. Terminó de salir, cruzó la calle, montó en su auto y aquel avanzó por el asfalto y entre la niebla.

Abrió la puerta de su cocina, entró y la cerró de vuelta. Puso los pestillos. Tiró de ella con fuerza para estar seguro. Cruzó al pasillo y de ahí a su cuarto, donde su esposa dormía sin roncar. Se desvistió y colocó el pijama. Se sentó al borde de la cama, haciendo remecerse al colchón. La esposa se despertó y aparentó seguir en sueños. No se movía.

Por la mañana admitiría su renuncia, sus motivos, y esperaba que ella lo fuese a comprender como tantas otras veces lo había hecho. Dudoso y con miedo, admitía que hasta la paciencia y el amor tienen límites.

Se recostó, arrinconando un par de almohadas en la oscuridad. Atrajo la colcha hacia su mentón y se quedó quieto. La respiración de su pareja lo confortaba, de algún modo supo que estaba despierta. Al rato ella volteó y lo miró. Él ya estaba dormido. La esposa le sonrió, gentil. Sujetó su mano por debajo de la colcha y volvió a quedarse dormida.